

Por complacer al rey Alfonso, había casado á sus dos hijas con los infantes de Carrion; pero viéndolas maltratadas por estos, pidió justicia al rey y se presentó en la corte de Toledo.

El rey Alfonso, en cuanto lo supo, salió á recibirle, y el Cid se arrodilló y le besó la mano. Luego, en el juicio, expuso el hecho, y dijo que sus hijas no podían considerarse deshonradas por aquellas injurias, pues que el rey mismo las había casado; pero añadió: « Yo dí » á mis yernos dos famosas espadas, Colada y » Tizona, que había ganado en buena guerra » para honra mia y servicio vuestro, señor. » Ahora bien, cuando los infantes de Carrion » me enviaron mis hijas con la vergüenza del » repudio en la frente, retuvieron las espadas. » Si, pues, no les importa ya mi afecto, que » me devuelvan las espadas. »

Á los infantes de Carrion les pareció buen partido entregarle solo las espadas, aunque ricas, sin ninguna compensación por la honra de las hijas. Alegróse el Cid cuando cogió la empuñadura de oro y vio brillar la buena hoja; pero entonces no pudieron negar tampoco este; pero, cuando creían haberle ya satisfecho, el Cid les respondió ágramente, echándoles en rostro su mal comportamiento, y quiso la satisfacción por medio de las armas.

Entretanto los Almoravides habían ocupado á Granada y una buena parte de la Andalucía, de modo que Alfonso de Castilla redoblaba sus esfuerzos para contenerlos. Berta de Barcelona, su mujer, y los amigos del Cid, escribieron á este, suplicándole que se apresurase á deponer los odios y rencillas, y á unirse al rey en aquella expedición, lo cual era un medio seguro de recobrar su gracia (1088). El Cid, que tenía puesto entonces cerco á la plaza de Liria en el reino de Valencia, y la había reducido ya al último apuro, no titubeó en levantarlo, para acudir al ejército del ingrato rey. Este le salió á recibir, y marcharon juntos sobre Granada (1089). El rey se acampó en las alturas y el Cid mucho más adelante en el llano. Despertóse con esto el rencor de Alfonso, y exclamó: « ¿Cómo? ¡Ayer Rodrigo caminaba » detrás de nosotros, como si estuviese » cansado, y hoy se nos adelanta como » pretendiendo la preeminencia! » y los adu- » ladores decían por lo bajo: *El rey tiene razón.*

Los Moros no se atrevieron á medir sus armas con el ejército cristiano, y Yusef, saliendo de Granada, se volvió á Africa, adonde le llamaban los cuidados del imperio. Alfonso, no teniendo ya que temer, dió libre rienda á su rencor contra el Cid, le insultó, le echó en cara las culpas que andaban en boca de los calumniadores; y sus excusas, en vez de calmarle, le exacerbaban. Rodrigo, temiendo por sí, dejó durante la noche el campo castellano, seguido de los suyos.

Á este Alfonso, que en las vicisitudes de nuestro héroe aparece injusto, envidioso y perseguidor de la mejor espada de la Cristiandad, se le representa en las historias magnánimo, liberal, lleno de templanza; y por esto, sin duda, no obstante los agravios que infligió al Cid, muchos se apartaron de él para quedarse con el rey. El Cid, no esperando ya reconciliación, y habiendo salido viejo de su casa, volvió á ella con deseo: vio las puertas abiertas y sin cerrojos, no encontró sus azores de caza, y suspirando, dijo: « ¡Bendito sea nuestro Padre » que está en los cielos! Todo esto me han » ocasionado mis enemigos. » Por donde quiera que pasaba á caballo en su Babieca, la gente corría á contemplarle, y las mujeres llorando exclamaban: *¡Qué buen vasallo si hubiese tenido un buen señor!* En Búrgos no hubo quien le alojase, porque el rey lo había prohibido, y la amenaza de tan poderoso príncipe era temida. El Cid tomó, pues, prestados quinientos marcos á un Judío, empeñándole dos cajas llenas de piedras, que supuso contenían el valor de los tributos recaudados; y seguido de algunos centenares de guerreros, marchó á combatir contra los Moros. Al salir de Castilla, exclamó: « ¡Gracias, oh Rey de los reyes, que » gobernáis el cielo y la tierra! ¡Tu virtud me » ayude, oh gloriosísima Virgen! Dejo á Cas- » tilla, obligado por el rencor del rey, y no sé » si podré volver á ella en lo que me queda de » vida. Tu virtud, ¡oh Virgen gloriosa! me » ayude en mi peregrinación noche y día. Si » me oyes, estaré contento; enviaré ricos pre- » sentes á tu altar, y te mandaré cantar mil » misas. »

Los lectores, que quizá tengan á la vista las brillantes imágenes de los caballeros andantes, no podrán compararles con el Cid. En él se encuentra aun todo el heroísmo primitivo, pero nada de caballeresco; se parece á los héroes de Homero, no á los del Taso y el Ariosto; y si respira ya la devoción de los paladines y los afectos domésticos, ignora aun aquella generosidad que no desea más recompensa que la gloria, aquella lealtad que todo lo sufre antes que rebelarse contra su señor. Como aquellos, su primera pasión es la guerra; pero esta le reporta ganancia; al valor asocia la astucia; va á combatir donde encuentra ventaja; ni aun á la Santa Iglesia se muestra devoto, pues al oír las pretensiones del Papa, marcha á Roma, entra armado en medio de San Pedro, y allí, desenvainando la espada, asusta al Pontífice.

El Cid, desterrado de Castilla, entró en las tierras de Valencia, decidido á conquistarse un dominio independiente. Con tal objeto reconstruyó allí el castillo de Peñacatell, en medio de las montañas, y lo fortificó y pertrechó, dirigiéndose desde él sus correrías contra los emisores de los alrededores; reconcilió los ánimos y adquirió así reputación y poder. Quien fomentaba principalmente la malevolencia del rey

Alfonso contra él, era Don García Ordóñez, conde de Nájera, que mandaba en la Rioja, á nombre del rey de Castilla; personaje de numerosa parentela y muy rico, que ocupaba un puesto elevado cerca del monarca. Así, pues, el Cid entró como enemigo en la Rioja, devastando y saqueando como si fuese país de infieles, y se apoderó de las fortalezas. Entonces Don García reunió gente, y envió á decir á su enemigo que le esperase siete días. Esperó, en efecto, el Cid; mas cuando las tropas del enemigo se aproximaron adonde estaba, sintieron un terror pánico, y Rodrigo, cargado de botín y satisfecho de su venganza, volvió á Zaragoza (1091).

Yahia, que al verse expulsado del reino de Toledo se había reservado la rica é importante ciudad de Valencia, debió solo á la amistad del Cid el mantenerse en ella; pero en cuanto Rodrigo se ausentó, los descontentos llamaron á los Almoravides, que tomaron también esta ciudad y arrojaron la cabeza de Yahia en una alcantarilla.

El Cid, exasperado con la triste suerte de su amigo y con la ocupación de Valencia, se propuso una empresa digna de su valor, esto es, arrojar de allí á los Almoravides, y apoderarse de aquella ciudad, quitándola á Ahmed-ben-Geaf. Dirigió, pues, á ella sus fuerzas; ocupó el castillo de Chobollo, y lo constituyó en centro de sus operaciones. A principios del verano empezó á devastar las amenísimas campiñas, que se conocen con el nombre de la Huerta, y contestaba á los ruegos de los habitantes, que echasen de allí á los Almoravides y pronto cesaría de molestarlos. Como no querían ó no podían hacerlo, se encerraron en la ciudad, y enviaron por mar aviso de todo á Yusef. Este escribió al Cid que no entrase en Valencia, amenazándole si lo intentaba; pero Rodrigo le replicó con igual arrogancia, y dando á entender que Yusef no se atrevía á salir del África, estrechó vigorosamente el cerco antes que llegasen los refuerzos con que se le había amenazado. Terrible fué la resistencia; pero no se pudo impedir que el Cid se apoderase de los dos pueblos de Alcedia y Villanueva. Usando generosamente de la victoria, dejó á los vencidos la libertad y los víveres, de manera que reinaba allí la abundancia, mientras que la ciudad se veía reducida á la mayor estrechez. Los habitantes ofrecieron, pues, arrojar á los Almoravides, si dentro de cierto tiempo no les llegaban los socorros de África.

En los dos meses de armisticio, recorrió el Cid el país, devastó las tierras del señor de Albarracín, Moro que se había sublevado, y aumentó cada vez más el botín reunido en Peñacatell. Cuando espiró aquel término, intimó la rendición á los Valencianos; pero estos se resistieron aun, confiando en los prometidos socorros. En efecto, llegó un ejército de Almoravides; pero fuera que tuviesen miedo ó que no se arreglasen con los de adentro, es lo cierto

que se desbandaron sin emprender nada, y dejando á los sitiados sumidos en la desesperación. Esta los sostuvo, y más de una vez pusieron al Cid en gravísimo peligro; pero el hambre los consumía, pues Rodrigo mandaba dar muerte á cuantos Moros dejaban la ciudad, obligando á entrar á todos los que salieron durante la tregua. En tal estado, tuvieron que rendirse. Ahmed-ben-Geaf capituló, salvando su vida y hacienda, y las de los habitantes.

Esta expedición puso el colmo á la gloria del Cid; y aunque aquella ciudad se hallaba circuida de Moros, y era accesible por mar á las fuerzas africanas, decidió conservarla. Con tal objeto organizó su gobierno de modo que viviesen allí en paz Moros y Cristianos; al principio no habitó más que un barrio; previno á los suyos cómo debían tratar á los vencidos para captarse su afecto, y estos no tardaron en perdonarle la superioridad, diciendo que jamás se había visto un guerrero tan bueno y honrado, y que tuviese tan disciplinadas sus tropas. Les dejó sus leyes, no agravó los impuestos; dos veces á la semana oía personalmente los litigios, y un día, reuniéndolos en su jardín, les habló así: « Ni yo, ni ninguno de mi sangre hemos reinado nunca; pero desde que vi esta ciudad, me agradó, y pedí á Dios que me hiciese dueño de ella. ¡Ved hasta dónde alcanza el poder de Dios! El día que sitié á Juballa, no tenía más que cuatro panes, y ahora me ha dado Dios á Valencia. Si la gobierno con justicia, Dios me la dejará. Volvéos, pues, á vuestras casas, y poseed como ántes. Los cobradores no percibirán sino el diezmo, según vuestro uso. Venid á mí cuando os acomode; yo no me retiro, como vuestros señores, á cantar y beber en medio de mujeres; quiero ver en persona vuestras cosas, y defenderos como el amigo á su amigo, como el pariente á su pariente. »

Pero, después de tales promesas, distribuyó las tierras á sus soldados, é hizo entender á los Valencianos que el único medio de estar bien con él era entregarle á Ahmed-ben-Geaf, con quien sin embargo había capitulado. En cuanto le tuvo en su poder, le encerró en una prisión con todos los que habían intervenido en la muerte de Yahia. Entonces dijo á los Valencianos: « Os he prometido que no os negaría nada. Pedid, pues, y os concederé lo que pidáis, con tal que mi residencia esté en el alcázar de la ciudad, y las fortalezas en manos de los míos. »

Por la mañana mandó dar tormento al preso para que declarase los objetos preciosos que poseía: luego, convocando á los Moros, quiso dijese la pena que merecía el que había quitado la vida á su señor: *Nuestra ley dispone que se le mate á pedradas*, respondieron; y en consecuencia, trescientos acusados perecieron de este modo.

Al día siguiente reunió de nuevo á los Moros, y rodeado de sus capitanes, dijo: « Sabéis cuánto serví y amé á vuestro rey Yahia, así

como tambien cuánto padeci ántes de ganar esta ciudad. Ahora que á Dios plugo dárme la, la quiero para mí y para los que me ayudaron á adquirirla, bajo la supremacia del rey Don Alfonso. Todos estáis á mi disposicion, y pudiera quitaros cuanto poseéis en el mundo, hijos, mujeres, vuestra libertad: no lo haré. Quiero y mando que los hombres honrados de entre vosotros, que siempre se mostraron leales, se queden en Valencia en sus casas, con sus familias; pero ninguno ha de tener mas de una mula y un criado, ni armas sin mi permiso. Los demas se marcharán, no llevando nada consigo, y yo les haré conducir á paraje seguro.»

Dicho y hecho; los Moros empezaron á salir de la ciudad con sus mujeres é hijos, miéntras los Cristianos la iban ocupando toda, de lo cual se alegraron mucho el Cid y los suyos. Rodrigo prohibió tambien á los Cristianos dejar á Valencia sin su permiso, temiendo que, una vez enriquecidos con el botin, se desbandasen. Cambió en catedral la mezquita, y puso allí un obispo.

Los Moros sintieron amargamente tal pérdida, y decia una cancion:

— ¡Oh Valencia! ¡Oh Valencia!  
 ¡Digna de siempre reinar!  
 Si Dios de ti no se duele,  
 Tu honra se va á apocar,  
 Y con ella las holganzas  
 Que nos suelen deleitar:  
 Las cuatro piedras caudales  
 Do fuiste el muro á sentar,  
 Para llorar, si pudiesen,  
 Se querrian ayuntar.  
 Tus muros tan preminentes,  
 Que fuertes sobre ella están,  
 De mucho ser combatidos  
 Todos los veo temblar:  
 Las torres que las tus gentes  
 De léjos suelen mirar,  
 Que su alteza ilustre y clara  
 Los solia consolar,  
 Poco á poco se derriban  
 Sin podellas reparar;  
 Y las tus blancas almenas,  
 Que lucen como el cristal,  
 Su lealtad han perdido  
 Y todo su bel mirar;  
 Tu rio tan caudaloso,  
 Tu rio Guadalaviar,  
 Con la otras aguas tuyas  
 De madre salido há:  
 Tus arroyos cristalinos,  
 Turbios ya siempre vendrán  
 Tus fuentes y mantiales  
 Todos secados se han:  
 Tus verdes huertas viciosas  
 Á ninguno gozo dan,  
 Que la raíz de sus yerbas  
 Bestias roido las han:  
 Tus prados de cien mil flores  
 Olores de sí no dan,  
 Mustios andan y marchitos,  
 Sin color ni olor están:  
 Aquel honrado provecho  
 De tu playa y de tu mar,

En deshonra y daño torna,  
 ¡Mal te puede aprovechar!  
 Los montes, campos y tierras  
 Que tú solias mandar,  
 El humo de los sus fuegos  
 Tus ojos cegado han:  
 Es tan grave tu dolencia  
 Y tanta tu enfermedad,  
 Que los hombres desesperan  
 De salud poderte dar.  
 ¡Oh Valencia! ¡Oh Valencia!  
 Dios te quiera remediar,  
 Que muchas veces predije  
 Lo que agora veo llorar.

Dos veces Yusef envió tropas para recobrar á Valencia; pero fueron derrotadas, y los despojos de los Moros enriquecieron al Cid. Entónces los principes á porfia piden su amistad. Pedro el Grande, de Aragon, alcanza con ayuda de su brazo la señalada victoria de Játiva, y tomando á Murviedro y otros países vecinos asegura el Cid su conquista.

Cinco años vivió en Valencia; á su lado Jimena y sus hijas tejian y bordaban; y hasta de Oriente vinieron embajadores á tributarle respeto. Murió lleno de honores y riquezas (1099), precisamente cuando los Almoravides sitiaban de nuevo su ciudad. En el lecho de agonía se consolaba con la idea de haber cumplido su mision, expresando la confianza de que Santiago salvaria la amenazada herencia que dejaba á su esposa.

Toda España lloró su muerte, y el mismo Babieca, su fiel caballo, pareció sentir la pérdida de su señor. El Moro que sitiaba á Valencia, en cuanto supo que el héroe habia muerto, cobró ardimiento; pero, al cabo de doce dias, suenan las trompetas y se abren las puertas para verificar una salida. Habian puesto al héroe embalsamado sobre Babieca, con el manto salpicado de cruces de oro, y empuñando á Tizona. Detras y en torno de él iban los valientes y tambien Jimena. Los Moros huyen heridos de espanto; el Cielo parece que combate contra ellos, y Santiago precede al héroe, el cual marcha orgulloso con esta victoria póstuma.

No obstante, viendo el rey Alfonso la imposibilidad de conservar á Valencia, por su situacion, sin el valor de un Rodrigo, mandó salir á todos los Cristianos, y prendió fuego á las habitaciones. Entónces la familia del Cid se llevó el cadáver del héroe, depositándole cerca de Búrgos, en el monasterio de San Pedro de Cardena. Aquel sepulcro fué visitado siempre con veneracion. Hoy se ven aun esculpidos sobre un muro en Búrgos dos escudos; uno, ceñido de una cadena, lleva dos espadas entrelazadas á una cruz; y el otro una torre ceñida tambien de una cadena. Son las armas del Cid y de Jimena, y al pié se lee: «Aquí nació, el año de 1026, y vivió Rodrigo Díaz de Vivar, llamado el Cid Campeador. Murió en 1099, y su cuerpo fué trasladado al monasterio de San Pedro de Cardena, cerca de esta ciudad. En honor y

» memoria eterna del héroe se erigió este monumento en 1784 sobre las ruinas de su casa.» Tambien sobre la puerta de la ciudad, que dicen Arco de Santa Maria, esta colocada la estatua del Cid, con otros reyes y héroes del país. Por largo tiempo los reyes de Castilla, cuando procedian á alguna empresa difícil,

mandaban traer ante ellos la cruz del Cid, esto es, su espada. Despues se empezó á repetir en las canciones: «Quien murmura del Cid, miente» descaradamente. El Cid es un caballero bueno y fuerte; fiel servidor de su rey, campeador de su país, terrible para los traidores, y favorable á los buenos.»